

San Martín, en camino al Perú

Por Enrique Díaz Araujo

1-Destino: Lima

A mediados de agosto de 1811 el teniente coronel del ejército español don José de San Martín pide su retiro para pasar con destino "a la ciudad de Lima con objeto de arreglar sus intereses". Como de Cádiz se fue a Londres y de allí a Buenos Aires, sus múltiples biógrafos se han empeñado en desentrañar este "error" sanmartiniano. Los que lo atacan —que son mayoría— dicen que esta es una de sus primeras falsedades. Los que lo defienden —que generalmente lo hacen mal— sostienen que por la fecha de su nacimiento (1778) y la edad en que se alejó de Buenos Aires (a los seis años), no debía saber bien si la capital del Plata seguía perteneciendo al Virreinato del Perú. Así son de pequeñas las miradas de los hombres pequeños cuando se les da por interpretar los gestos de los grandes. Como sus vidas discurren sin sentido finalista, nunca entenderán a aquéllos para los cuales existe un destino, un signo, que signa su trayectoria terrenal. "Serás lo que debas ser o no serás nada". Con esa máxima alumbró su vida San Martín. Y para poner en acto su potencia sabía que en algún momento tenía que llegar a Lima ¿Por qué a la ciudad de los virreyes y no a otra parte...? La pregunta se resuelve con otra interrogación: ¿a qué vino San Martín a América...? La respuesta no exige imaginación. La dio

el propio Libertador a poco de desembarcar en Buenos Aires. Cuenta Alberdi en sus "Escritos póstumos" que en una comida en lo de Escalada el recién llegado teniente coronel manifestó su opinión favorable al régimen monárquico. El secretario del primer Triunvirato, don Bernardino Rivadavia, que asistía al ágape, enojado lo interrumpió para espetarle: "¿A qué viene a América si no está por la república?". Sereno, como siempre, San Martín le contestó: "Vengo a trabajar por la independencia de mi país, y de esto se trata hoy; en cuanto a la forma de gobierno, es asunto secundario, a tratar después del éxito". Pasemos por alto el amago de tirarle una botella a la cabeza por parte de Rivadavia, y quedémonos con lo sustancial. San Martín vino a trabajar por la independencia de América (su país). Entonces eso no se conseguía en el Atlántico sino en el Pacífico; más precisamente, en Lima. De ahí que el mando que obtiene es el del denominado Ejército del Perú, cuando en 1813 Belgrano es derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, y pide su relevo. Mitre estima que la resolución de la Logia Lautaro, que le otorgó ese destino, fue obra de la astucia de Alvear para sacarlo del centro del poder bonaerense y del mando de la Logia. Añade que Alvear lo despidió acompañándolo un trecho a caballo y que, al separarse, riendo, les dijo a sus amigos: "Ya cayó el hombre" (en la nota aclara que la frase en portugués era mucho más subida de tono e irreproducible). San Martín, que lo debe haber oído, siguió, pacientemente, al tranco de su caballo. Si a Rivadavia no le contestó, ni entonces ni después, para enseñarle "la diferencia que hay entre un hombre de bien y un malvado" (carta a O'Higgins, 13-IV-1829), tampoco se dignó retrucarle a Alvear. Quizá, como lo apunta el historiador chileno ultra antisannmartiniano Eulogio Rojas Mery: "Es seguro que San Martín, al notar la risa de su rival debe haberse recordado del proverbio francés: Rira bien qui rira le dernier. En todo caso, el asunto no era para risas. Porque allí se dividían los caminos de los que habían cruzado juntos el Atlántico. "Para San Martín —apunta Roque Raúl Aragón, en el más profundo ensayo que se haya escrito sobre el Libertador—, la política era todo; para Alvear, todo era él". Ideólogo del liberalismo, como Rivadavia, no pudo sufrir la presencia sólida de esa vocación de servicio a la patria que emanaba de San Martín, y, por eso "lo envidió hasta el odio, lo odió hasta la difamación calumniosa y pacientemente premeditada". San Martín continuó su camino. En Tucumán, asesorándose con prudentes como Belgrano, Dorrego, Güemes y Guido, cambió de sendero sin variar de destino. En la carta famosa del 22 de abril de 1814 que le escribe a Nicolás Rodríguez Peña, publicada por Vicente Fidel López, consigna: "La patria no hará camino por este lado del Norte, que no sea una guerra permanentemente defensiva, y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta... Ya le he dicho a Ud. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos, sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan; aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima; ése es el camino y no éste, mi amigo. Convéngase Ud. que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará". Es tan grande la clarividencia del panorama continental que documenta esta misiva que uno de los tantos chilenos enemigos del Libertador, el historiador Juan Manuel Yrarrázaval Larraín, trata de negar su autenticidad para rebajar al héroe de su pedestal. Don Carlos Ibárguren, en su "San Martín íntimo", ha refutado esas insidias, publicando el Plan de Operaciones de Guido en acuerdo con San Martín. Pero dejemos también esto. Ya se sabe. Cada uno juzga según lo que es. Es cuestión de estatura moral. Como dijo Lugones en su "Sable", hablando de Rosas y de San Martín, siempre estarán

los que no pueden perdonarles "el imperdonable crimen de haber sido más grandes que ellos". San Martín los venía venir. Y los mataba con el silencio. En su admirable carta a Guido —su "lancero amado", que es uno de los poquísimos con quienes se franquea— del 18-XII-1826, asienta su opinión al respecto: "Por lo que respecta a la opinión pública, ¿ignora usted por ventura que de los tres tercios de habitantes de que se compone el mundo, dos y medio son necios y el resto, pícaros con muy poca excepción de hombres de bien? Sentado este axioma, de eterna verdad, usted conoce que yo no me apresuro a satisfacer semejante clase de gentes, pues yo estoy seguro de que los honrados me harán la justicia a que yo me creo acreedor... y del desprecio que yo puedo tener por la historia, porque conozco que las pasiones del espíritu de partido, la baja adulación y el sórdido interés son en general los agentes que mueven los escritores". De ahí que no se defienda, y que calle hasta después de muerto. Pero sus papeles hablan. Desde Mendoza, en oficio reservado al gobierno, el 26-II-1816, aclara que es de capital importancia tomar a Chile, "para abrirse el camino del Pacífico y buscar al enemigo por él. Lograda esta gran empresa el Perú será libre. Desde allí irán con mejor éxito las legiones de nuestros guerreros. Lima sucumbirá". No abunda en detalles. "Si mi almohada supiese lo que hay dentro de mi cabeza —dice—, a mi almohada la mandaba quemar". Exprime a Cuyo en recursos y en hombres, y Cuyo le responde creando "el mejor ejército de América", en el decir del inglés Bowles. Con esa administración que Salvador de Madariaga llama lenta, segura, eficaz, exigente, desinteresada y despiadada, da forma tangible a la idea que lo trajo de Cádiz. Procura y exige del Congreso de Tucumán la Declaración de la Independencia de las Provincias Unidas en Sud América. Esa es su patria, la América Meridional, no el Río de la Plata. Libre de todo particularismo, de todo localismo de campanario, sin embargo, se enamora de Mendoza, su insula cervantina. En el decurso de su vida austera, Mendoza, tanto en lo público como en lo privado, será la estación de su amor. Y transmonta los Andes, provocando la admiración de las edades. Para eso ha trabajado "como un macho" (carta a Guido, 15-I-1817), con las dos manos: con la política ("guerra de zapa") y con las armas: Chacabuco, Maipú, la gloria militar, que no lo mareaba, ni le hace perder de vista el objetivo. Reorganiza el ejército que se llamará "Libertador del Perú" o "Unido" (con mayoría de argentinos en tropa, oficiales y jefes), dado que la guerra civil en el Plata lo deja al garete. J.A. Pérez Amuchástegui ha demostrado que la supuesta "rebelión de Rancagua" (2-IV-1820) no fue tal. Su obediencia era debida a las Provincias Unidas en Sud América y no a cualquier gobierno fraccionalista. El 17 de julio así se lo comunica a los habitantes de las Provincias Unidas: "Se acerca el momento en que yo debo seguir el destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar la libertad al Perú... De ellos dependen la consolidación de nuestros destinos, las esperanzas de este vasto continente... El día más grande de nuestra revolución está próximo a amanecer". Se acercaba a Lima después de muchos pesares, de los cuales su enfermedad (reumatismo y hemorragias pulmonares) no era el mayor. "Ud sabe el interés que he tomado por la suerte de América —le escribe a Guido—; pero es doloroso que Ud., yo y unos pocos son los que meten el hombre". Los chilenos (menos O'Higgins y sus amigos), por lo pronto, con el Senado, con Lord Cochrane, con el asunto de la bandera —como antes y después los argentinos—, ya empiezan con el regateo minorista. No importa. Nada lo detendrá. Y a mediados de agosto de 1820 —nueve años desde la salida de Cádiz, y con táctica de aproximación indirecta como Epaminondas— parte para su destino final: Lima.

(Continuará)